

dos á gran distancia del muelle, Cortés, desde el puente de uno de ellos, pudo distinguir al gobernador, que descollaba entre todos sus compañeros.

Cortés, si atrevido, no quiso pecar de inurbano, y, metiéndose en un bote con artillería y soldados armados de arcabuces, se acercó á tierra á tiro de ballesta, de modo que pudiese hablar y hacerse oír de los que estaban en la playa; llevaba su vara de alcalde, y, poniéndose en pie, saludó muy cortesmente al gobernador. Velásquez, disimulando quizá su coraje, le gritó entre afectuoso y sentido: «¿Cómo, compadre, así os vais? ¿Es buena manera ésta de despediros de mí?» Cortés, empero, sin perder la serenidad y soltura que en tantos trances le distinguió, contestó con desenfado y tranquilidad: «Señor, perdóneme V., porque estas cosas y las semejantes antes han de ser hechas que pensadas: vea V. qué me manda;» y, sin más decir, volvió la proa al bote, y se dirigió á su buque, dejando al pueblo de Santiago de Cuba lleno de pasmo y asombro.¹

Dió, á toda prisa, orden de partir rumbo al occidente; y así fue cómo, el 18 de Noviembre de 1518, se dió á la vela, de Santiago de Cuba, la tercera expedición que debía visitar la península de Yucatán.

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 452.—Bernal Díaz del Castillo refiere de otra manera la partida de Cortés, pues á creer su narración, se despidió de Diego Velásquez, y después de haber oído misa, se embarcó, y con próspero tiempo llegó á la villa de Trinidad: á su juicio, la disidencia con Velásquez nació después de la partida de Santiago de Cuba. Creemos más verosímil la narración de Las Casas, como más conforme con otros incidentes que todos los historiadores refieren: tal es el de haberse apoderado violentamente del ganado que había en el matadero de Santiago, á pesar de las protestas del abastecedor Hernando Alfonso.

CAPITULO XVI.

Detención en Macaca y en Trinidad.—Dos buques más se añaden á la expedición.—Severas órdenes de Velásquez al alcalde de Trinidad para prender y destituir á Cortés.—Cortés hace fracasar estas órdenes.—Partida para Habana la Vieja.

Como no estaban embarcados todos los expedicionarios, ni había mantenimiento suficiente á bordo para todo el viaje, que debía ser largo, no tuvo nunca Cortés el pensamiento de separarse de una vez de Cuba, sino sólo de Santiago, para desconcertar á sus enemigos, y con un golpe de audacia contener á Velásquez. Se dirigió, pues, á Macaca,¹ pueblo de indios, á cuyas inmediaciones existía una estancia de ganado de la real hacienda; y al mismo tiempo ordenó á Pedro González de Trujillo que con una carabela fuese á Jamaica á proveerse de carne de puerco, pan de cazabe y aves, y que luego se le uniese en el puerto de Trinidad ó en el cabo San Antonio.

Llegado Cortés á Macaca, supo que, como lo había previsto, había algunas provisiones en la estancia que, próxima á aquel puerto, poseía la real hacienda. Se avistó con el tesorero real Tamayo, administrador de la estancia, y le pidió de los puercos

¹ *Vida de Cortés*, pág. 353.—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 452.

y aves que allí se criaban. Como el Tesorero se opusiese á su pretensión, insistió en persuadirle que debía entregar aquellas provisiones, pues las necesitaba para el mismo servicio del Rey; y porfiando el Tesorero en la negativa, le repetía Cortés que por lo menos le diese las provisiones en calidad de préstamo para devolvérle otras, ó que se las vendiese al fiado, seguro de que, al volver del viaje que iba á emprender, pagaría su valor: Tamayo aparentó persuadirse con tales razones, y acabó por entregar los bastimentos. Ordenó también Cortés que todas las indias del pueblo le hiciesen pan de cazabe, y, con esta medida, pudo reunir hasta trescientas cargas de pan, y las embarcó juntamente con mil cargas de maíz que compró á varias personas.

Sacadas las provisiones que pudo obtener en Macaca, adelantó algunas naves al cabo de San Antonio, y él con las demás se dirigió al puerto de Trinidad. Todavía saliendo del puerto, se encontró con un navío que venía de Jamaica cargado de provisiones de boca, y que parecía como llovido del cielo para las miras de Cortés. Apenas se cercioró de lo que llevaba, concibió agregarlo á su armada, y lo puso por obra, aunque con disgusto del dueño, que de comerciante se veía repentinamente convertido en soldado.

Siguiendo su viaje, llegó á Trinidad, donde fué muy bien recibido: todos los vecinos salieron á darle la bienvenida con palabras de agasajo y muestras marcadas de simpatía. Correspondió Cortés de la misma manera, pero, sin perder de vista el objeto de su empresa, y sin desperdiciar un tiempo precioso, se puso inmediatamente á reclutar gente

y coleccionar municiones, armas y mantenimientos. Escribió á la villa de Sancti Spiritus instando con buenas y muy agradables razones á muy distinguidos y valientes caballeros que allí vivían, para que le acompañasen. Y como supiese que acababa de pasar por Trinidad otro buque cargado de mantenimientos, ordenó á Diego Ordáz que saliese á la mar en su busca, y, sin más requisitos, lo apresase y trajese al puerto.

Ambas cosas le salieron á pedir de boca, porque los caballeros de Sancti Spiritus no se hicieron de rogar, sino que se apresuraron á juntarse al ejército; y Ordáz en breve trajo el buque, que resultó de Juan Núñez Sedeño, á quien se ganó Cortés, de manera que no sólo dió al fiado las provisiones que llevaba, sino su buque, y él mismo se alistó como capitán en la armada. Por esto, cuando los caballeros de Sancti Spiritus llegaron, fueron recibidos con alborozo, y salió el mismo Cortés á pie, con toda su gente y capitanes, á encontrarse con ellos en las afueras de la villa, repicando las campanas y haciéndose salvas de alegría. El regocijo era justo, porque entre los caballeros de Sancti Spiritus se encontraban personas de distinción cuyo prestigio serviría de mucha ayuda: tales eran Alonso Hernández Portocarrero, primo del Conde de Medellín, Gonzalo de Sandoval, Juan Velásquez de León, Rodrigo Rangel, Gonzalo Lopez de Jimena y Juan López. En la misma villa de Trinidad se le habían unido ya Pedro de Alvarado, Alonso Dávila, Cristóbal de Olid, y otros hidalgos de nombradía, que, no obstante su holgada posición, quisieron unirse á Cortés, atraídos por las encantadoras pinturas que

éste les hacía de los provechos y ventajas que prometía la expedición.¹

Anduvo también Cortés haciendo requisiciones por todo el municipio, pero todo con tal gracia y arte, que alcanzaba lo que quería sin pagar, y, al mismo tiempo, sin enojar á los propietarios: tanto les ponderaba la riqueza é importancia de la empresa que iba á acometer, que los más, si no todos, se contentaban con documentos de futuro pago.

Cuando ya se disponía á continuar su viaje, llegaron órdenes muy perentorias al alcalde mayor de Trinidad, Francisco Verdugo, para que prendiese á Cortés, y lo desposeyese del mando de la armada. Las órdenes estaban libradas por Velásquez quien, además, escribió á varios amigos suyos, como Diego de Ordáz y Francisco de Morla, que, compañeros de Cortés, eran igualmente paniaguados de Velásquez: no obstante, Cortés tenía buena estrella, y pronto supo las órdenes severas que habían llegado. Sin detenerse en pelillos, fué en seguida y habló á Ordáz, de quien mas daño podía recibir, y le hizo ofertas y agasajos tales, que Ordáz mismo se encargó de arreglar el asunto, desvirtuando las órdenes de Velásquez. Así fué que vió á Verdugo, y, con hábiles palabras, le persuadió de la inconveniencia de cualquier paso contra Cortés; y Verdugo, que no tenía muchas ganas de complacer á Velásquez, se dejó convencer facilmente, y suspendió sus procedimientos. Todo se ajustaba á la medida de los deseos de Cortés, porque de los dos mensajeros que trajeron los pliegos contra él, uno, llama-

Vida de Cortés, y Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 18.

do Pedro Lazo, ni aun volvió á dar respuesta de su comisión y se unió á las huestes de Cortés; de manera que uno solo de los mensajeros hubo de volver á Santiago con la respuesta del alcalde, en que se excusaba ó representaba por no haber cumplido las órdenes del gobernador. Aprovechó Cortés este correo para escribir á sus amigos, y dirigir una humilde y sometida carta á Diego Velásquez, en la cual mansa y amorosamente le reiteraba sus protestas de sumisión y amistad, y su propósito inquebrantable de servirle como fiel subdito: aun se quejaba amistosamente de que hubiese podido abrigar sospechas de su fidelidad, y concluía suplicándole que no diese oídos á las interesadas sugerencias de sus enemigos.

Despachada esta carta, tan preñada de astucia, se apresuró á embarcarse para la Habana: no el actual puerto, que entonces aun estaba poco poblado, y se conocía con el nombre de Puerto Carenas; sino otro que llevaba el mismo nombre, y que estuvo ubicado en la costa sur de la isla de Cuba, en el golfo de Batabanó, y junto al arroyo de Bija ú Onicajinal.¹

¹ Don Justo Zaragoza, *Adiciones y aclaraciones á la Historia de Guatemala*, tomo II, pág. 244.—*Vida de Cortés*, fragmento anónimo, pág. 535.